

# Flores en el «campo maldito»

José María de Vera, SJ\*

**L** *Campo dei Fiori* (Campo de flores) es una de esas plazas acogedoras y armónicas que aparecen inesperadamente ante los ojos atónitos de un explorador de las estrechas calles romanas. Se llama así –Campo de las flores– desde que en 1456 Eugenio IV, Papa de la Iglesia católica y señor de la ciudad de Roma, lo decretó. Casi en el centro de la plaza se alza el monumento a Giordano Bruno (1548-1600). Con gesto adusto y en hábito monacal, Giordano Bruno preside incongruentemente sobre la multitud de puestos de mercado que florece todas las mañanas a su alrededor, y desaparece después del mediodía para ceder el espacio a las mesas de las *pizzerias*, a los músicos ambulantes y a la gente que, con paso lento, se recrea en la encuadratura de la plaza.

A la algarabía mercantil del *Campo dei Fiori* se han añadido este año voces más estridentes: las de los grupos que se dan cita aquí para recordar la muerte del fraile dominico en la hoguera, y denigrar la sentencia con que la Santa Inquisición, antes de entregarlo *al brazo secular*, declaró a Giordano Bruno herético e impenitente. Aquí al alba del 17 de febrero de 1600, des-

\* Director del Servicio de Información de la Compañía de Jesús. Roma.

pués de rechazar las exhortaciones a penitencia que le urgían los monjes encargados de asistir a los ajusticiados, Giordano murió profiriendo blasfemias y amenazas.

Nadie levantó la voz a favor de Giordano en aquella mañana de febrero, pero el aniversario ha convocado muchas banderas al lugar del suplicio. Banderas que hacen de él paladín de todos los que acusan a la Inquisición, y a la Iglesia, de violar la libertad de pensamiento. Sorprende, sin embargo, la resonancia que tanto en Italia como fuera ha tenido el cuarto centenario de su muerte. Congresos se han celebrado o se celebrarán dentro del año en Oxford, Barcelona, Tokio. Chicago, Roma, Florencia, Milán, Venecia, Bruselas, Estocolmo, Wittenberg, Melbourne, Berlín, Nueva York...

La controversia está bien servida aunque los límites de ella no siempre están claros.

## Controvertido Giordano Bruno

**N**O hay duda de que Giordano mantuvo actitudes y teorías en materia religiosa que no encajan con la ortodoxia cristiana: desde la Trinidad hasta la divinidad de Jesucristo, pasando por la virginidad de María. Junto a elucubraciones de corte claramente teológico, Giordano profiere un sinfín de opiniones —científicas algunas, extravagantes y vanguardistas otras— que estrictamente hablando caerían fuera del dogma pero que, como ocurriría después con Galileo, en el siglo XVI se consideraban inexorablemente ligadas con la doctrina teológica. Sus escritos, nos dicen los expertos, reflejan la confusión, inestabilidad, brillantez e inconsecuencia de su carácter y su tenor de vida. Geográfica, intelectual y religiosamente hablando, Giordano estuvo en continuo movimiento. Huyendo de persecuciones o a la caza de puestos de prestigio, se movió por toda Europa (Nápoles, Roma, Venecia, Lión, París, Oxford, Frankfurt, Ginebra, Padua, Berlín, Praga...) y por todas las ramas del saber (astronomía, religión, astrología, prácticas nemotécnicas...). Sus creencias fueron igualmente volátiles. Si los católicos dudaron de su ortodoxia, los calvinistas y luteranos acabaron excomulgándolo. ¿Filósofo, teólogo, hereje, mago o reformador? Su perfil humano e intelectual no se deja atrapar fácilmente.

Indro Montanelli, que más allá de sus 90 años continúa ejerciendo de oráculo intelectual de Italia, respondía el 5 de febrero de este año en *Il Corriere della Sera* a una pregunta sobre Giordano, recomendando «no leer nada» de sus obras. Montanelli confiesa haberlo intentado varias veces sin

conseguir pasar de las primeras páginas de una prosa «desordenada, enfática y fangosa». Para Montanelli, Giordano no fue un héroe del librepensamiento, como lo proclaman muchos, sino un simple rebelde: rebelde incondicional, contra todo y contra todos, haciendo alarde de una rebeldía que brotaba de su carácter «egocéntrico y protervo». Esto dice el insobornable Montanelli, sumo sacerdote de la libertad de expresión y pensamiento en Italia.

Las extravagancias, personales e intelectuales, de Giordano Bruno cayeron en olvido después de su muerte y su caso fue a parar a los archivos históricos. Pero Diderot, que en su enciclopedia definía el pensamiento de Bruno como oscuro, bizarro y poco racional, lo consagró como símbolo de la libertad de pensamiento y víctima de la intolerancia. La propuesta hizo fortuna, y a mitad del siglo XIX los movimientos anticatólicos y anticlericales lo invistieron de paladín de la libertad de pensamiento contra la «intolerancia» de la Iglesia. La oposición del Papa a las aspiraciones nacionalistas del pueblo italiano, que acabó con la pérdida de los estados pontificios y el nacimiento de la nación italiana en 1870, agravó el acoso al Vaticano y provocó la adhesión a la causa «liberal» de masones y otros enemigos de la Iglesia.

Ahora nos toca volver al *Campo dei Fiori*. El 9 de junio de 1889, fiesta de Pentecostés, con la cooperación de los intelectuales «liberales» de toda Europa y la aportación económica de la masonería, se inauguraba en el Campo de las Flores el monumento a Giordano Bruno, más como insulto al Vaticano que como homenaje a las abstrusas ideas del ex dominico. El Papa calificó de *acto sacrílego* la inauguración del monumento, y esta condena aumentó la revuelta popular. Giovanne Sale, S.J., recoge en un artículo de *La Civiltà Cattolica* (enero 2000) los detalles del tumulto callejero que llegó a las puertas mismas del Vaticano y causó temor de que peligrara la integridad física del Pontífice. El reto al Vaticano en la fiesta de Pentecostés era tan manifiesto que un mes más tarde, el 9 de julio, el editorial de *La Civiltà* se abría con estas palabras: *Campo maldito: así debería llamarse de ahora en adelante la plaza que desde 1456 se llamó Campo de las Flores.*

A los 400 años, el humo y el fuego de la hoguera donde Giordano Bruno acabó sus días no se han extinguido del todo. Hay quienes tienen interés en avivarlo y concitar alrededor del *campo maldito* las fuerzas modernas de oposición al *dogmatismo* de la Iglesia en el siglo XX. *Aquí no entra Wojtyła* vociferaba el 17 de febrero de este año un cartelón que enarbolaba uno de los jóvenes en la proximidad del monumento.

La Iglesia tampoco ha olvidado aquel día de vergüenza. A pesar de la oposición que encontró en algunas de las personas de su entorno, Juan Pablo

II se hizo intérprete del sentir de muchos católicos cuando, al anunciar el Año Jubilar en 1998, propuso un examen de conciencia para *purificar la memoria histórica de la Iglesia*.

El primer paso que dio el papa fue pedir a la Comisión Internacional de Teología, que preside el cardenal Ratzinger, un estudio que determinara si la confesión pública de los pecados de la Iglesia encajaba en una perspectiva histórico-teológica. Desde el primer momento estuvo claramente excluido un acto que no fuera dirigido directamente a Dios que es quien perdona los pecados, aunque esa confesión se hiciera en presencia de los hombres, cristianos o no. Durante su pontificado, Juan Pablo II se ha referido con frecuencia a las culpas históricas de la Iglesia y ha pedido públicamente perdón. Luigi Accatoli, reconocido vaticanista, ha contado casi un centenar de documentos con alusiones a fallos históricos de la Iglesia. Pero la «jornada del perdón», en el año del Jubileo y en el marco de una Liturgia solemne e imaginativa, presidida por Juan Pablo en la Basílica de San Pedro, indudablemente da al *mea culpa* de la Iglesia y de los católicos una dimensión profunda y espiritual, purificada de imperativos sociales de convivencia. En *Memoria y Reconciliación: la Iglesia y los errores del pasado*, el documento estructurado en seis capítulos, los teólogos ofrecen al Papa las razones por las que, histórica y teológicamente, la pública confesión de los pecados de la Iglesia en el año jubilar es un acto *valiente y humilde* en armonía con el recuerdo del nacimiento de Jesucristo. El estudio tiene afirmaciones que van más allá de respaldar *la jornada del perdón* y los teólogos tendrán que desmenuzarlas más tarde. Se distingue, por ejemplo, entre el magisterio y la autoridad de la Iglesia *porque no todo acto de autoridad tiene valor de magisterio*.

### Arrepentimiento sin rehabilitación

**E**N el cuarto centenario de su muerte, algunos esperaban —¿pedían?— la *rehabilitación* de Giordano Bruno en la jornada del perdón. Adelantándose a la actuación del Papa el 12 de marzo, pero en evidente acuerdo con él, el cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado del Vaticano, dirigió una carta al Congreso de Nápoles sobre Giordano en la que afirmaba que el *triste episodio y la muerte atroz* de Giordano eran *motivo de profunda amargura* para la Iglesia. Pero con igual claridad afirma, en esa carta del 14 de febrero de este año, que las ideas teológicas de Giordano *revelan puntos incompatibles con la doctrina cristiana*. Con esta carta el cardenal Sodano rechaza la posibilidad de una rehabilitación de Giordano como pensador cris-

tiano porque, en realidad, no lo era, aunque algunos autores de peso como Frederick Copleston, S.J., en su *Historia de la Filosofía* (1953), ponga en duda, por ejemplo, la adhesión de Giordano al panteísmo. Poco después de su nombramiento de cardenal, San Roberto Belarmino recibió del Papa el encargo de encontrarse con Giordano, que llevaba siete años en la cárcel de Roma, y ayudarlo a retractarse. Según James Brodrick, en su vida de Belarmino, el cardenal lo persuadió a retractarse y, con la excepción de un punto de menor importancia, Giordano se mostró inclinado a abjurar de sus errores. Pero poco después decidió volver a su postura anterior y Clemente VIII decidió que había llegado el momento de pasar a la sentencia. Coherente al fin, Giordano aceptó su muerte después de haber espetado a sus jueces: *Tal vez vosotros pronunciáis la sentencia contra mí con mayor miedo del que yo siento al escucharla.*

Juan Pablo II no nombró a Giordano en el acto litúrgico de arrepentimiento por los errores de la Iglesia a lo largo de 2.000 años de historia. Pero cuando, en la plegaria de los fieles, pidió perdón *por los pecados cometidos en servicio de la verdad*, nadie dudó de que Giordano Bruno era una de aquellas víctimas de «métodos coercitivos» que tuvieron carta de ciudadanía en la sociedad eclesiástica de otros tiempos. Métodos que ya había condenado el Concilio Vaticano II cuando afirmó que *la verdad sólo se impone con la fuerza de la misma verdad.*